

MEMORIA

SOBRE EL FUEGO Y OBRA HECHA

EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE ARGANDA DEL REY

AÑOS DE 1877 Y 1879

ESCRITA POR UN TESTIGO OCULAR

Y VECINO DE LA MISMA VILLA

PUENTE DE VALLECAS

IMPRENTA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR

1879

Editado por Ayuntamiento de Arganda del Rey. 2002

Nota del editor:

La transcripción del texto original se ha realizado siguiendo las normas de transcripción aprobadas por el Comité Internacional de Ciencias Históricas de la UNESCO.

El diseño y fotografía de la portada es una aportación de la presente edición.

Portada: Vista de la plaza de Arganda desde la torre de la iglesia hacia 1930

D.L.: M-17904-2002

Dirección y coordinación: Gabinete de Prensa y Comunicación

Documentación: Archivo de la ciudad

Diseño y maqueta: Imprenta Municipal sobre el formato y tipografía original

Imprime: Asetip, S. L.

ARGANDA DEL REY



Ayuntamiento de
Arganda del Rey

Nos encontramos ante una obra escrita a modo de crónica periodística, de fácil y amena lectura, que relata uno de los sucesos que más conmovió al pueblo de Arganda en el último tercio de siglo XIX, el incendio de la torre de la Iglesia Parroquial tras una tormenta en la media noche del 5 de septiembre de 1877, en vísperas de la celebración de las fiestas patronales.

En una época en la que no existían medios técnicos de extinción, el impacto de un rayo y el posterior incendio, supuso un reto para los abnegados vecinos que tuvieron que enfrentarse al fuego que amenazaba con destruir completamente el edificio de mayor valor histórico y artístico de Arganda del Rey.

Por lo que nos cuenta su autor, que en gesto de humildad oculta su nombre, aunque muy posiblemente se trate del farmacéutico Pascual Castellano y Carlés, más de trescientas personas se movilizaron esa noche para salvar un símbolo de la historia de Arganda. Son sin duda los pueblos, sus vecinos, los verdaderos agentes y protagonistas de la vida y de la historia de una ciudad. Recordar ahora su esfuerzo y compromiso es el mejor modo de reivindicar su voz y su memoria.

Pedro Díez Olazábal
Alcalde de Arganda del Rey

Reedición

M E M O R I A

SOBRE EL FUEGO Y OBRA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE ARGANDA

AÑOS DE 1877 Y 1879.

I

¡Cuán hermoso es un cielo sereno y despejado! ¡Cuán encantador ver al rubicundo Febo con esa galanura, majestad y grandeza con que le dotara la mano del Supremo Artífice extender sus dorados y resplandecientes rayos sobre la tierra para ofrecer al hombre filósofo cristiano el cuadro más grande, el panorama más bello, la hermosura más deliciosa que hizo del sol, del cielo y de la tierra!

¿Quién que en medio del campo se halle al apuntar el primer crepúsculo del día y espera la llegada de ese astro, siempre joven, no obstante contar la remota edad de la creación, no ha sentido latir en su pecho la idea de Dios?

El jilguerillo como el ruiseñor, la tortolilla como la codorniz, la calandria como el pardillo, le saludan a su venida con sus melodías y gorjeos; el águila y la paloma, la ortega y la hermosa garza despiertan a las influencias de la luz, y se remontan en su vuelo por los aires para disfrutar de las delicias de su amada libertad; y todos los animales, con su instinto natural, se regocijan en la aurora y saludan al Creador a su manera.

El hombre, para quien todo fue criado (el cielo, la tierra y el mar se hicieron para su servicio), parece ser el más indiferente a portento tan maravilloso.

Acostado en su cómodo lecho, pasa la noche tranquilo, descansando de las fatigas del día, y en cuyas silenciosas horas el mundo no es otra cosa que un vasto cementerio lleno de sepulcros, de los que han de salir a la venida de la luz para volver a la vida, que ha sufrido un paréntesis durante la noche; y pocos son los

que al despertar, como las avecillas, saludan al Creador.

Así el 5 de Septiembre de 1877 nos amaneció con un horizonte sereno y despejado: el sol conservaba la fuerza del estío, prometiéndonos calentar con una elevada temperatura, que, unida a la constante sequedad, la tierra estaba como carbonizada, árida y grietosa; las plantas, mustias y casi secas, no embalsamaban ni purificaban la atmósfera, que, enrarecida y cargada de electricidad, hacía temer que el cambio atmosférico no había de ser promovido benigna y dulcemente, sino por medio de fuertes tormentas.

En aquella mañana nadie podía predecir que el cumplimiento de este temor estuviese tan cercano.

Eran las doce del mediodía: gruesos nubarrones se alzaban por todas partes; el sol se oscurecía entre ellos, ocultándose por completo a las cinco de la tarde, en que, cubierto el cielo de un denso paño negro, empezó la tormenta, espantosa por sus truenos, temible por sus vivos relámpagos, y horrorosa e imponente por su actitud amenazadora de envolvernos en la aflicción y el espanto.

La nube era inmensa por su extensión, cual pocas veces se conoce; porque en aquella misma hora casi toda la provincia estaba pasando por iguales momentos de terror, y los pueblos, cuál más, cuál menos, todos cuentan tristes recuerdos de aquella noche desencadenada por los elementos.

A nuestro pueblo de Arganda le quedó una dolorosa página, que consigna en esta Memoria como un legado a sus hijos venideros.

La tormenta estuvo toda la noche fija y sin movimiento ni dirección a parte alguna; por ningún sitio, ni muy a lo lejos, se dejaba ver un pequeño claro, ni una brillante estrella que nos hiciese concebir la esperanza de un ciclo sereno y apacible, cada vez más cubierto y cargado de mortífera electricidad.

A las doce de la noche arreció la tormenta: el relámpago y el trueno se sucedían sin intermisión, cruzándose las chispas eléctricas en distintas y encontradas direcciones; y a las cuatro de la madrugada del 6, una corpulenta manga de fuego, que muchos vieron, descendió sobre la hermosa torre de esta parroquia, y dando un formidable estampido, que hizo temblar los edificios y llenar de terror al vecindario, nadie pudo dar razón de su persona en algunos minutos de horrible miedo.

Vueltos de asombro y estupor, todos se asomaron, los unos a sus ventanas o balcones, otros a sus puertas, otros a la calle; porque en el temor de todos estaba que en aquel instante no podía menos de haber ocurrido una cosa extraordinaria.

Pronto se confirmó esta triste verdad. Todos fijaron su mirada en un mismo punto; todos contemplaban una misma cosa; todos veían en la cúspide de la torre una pequeña lucecita, que cual la luz de un farolillo, alumbraba lánguidamente en la oscuridad de la noche.

Muy luego aquella pequeña luz había de ser una inmensa hoguera que iluminase al pueblo como la claridad del día.

Pronto las chispas que se desprendían hicieron comprender un siniestro muy difícil de contener.

Un grito unánime se desprendió de los labios de todos:

“¡Fuego en la iglesia!” se repitió por todos los ángulos del pueblo. “¡Fuego en la torre!” iban los hombres gritando por las calles, llamando el auxilio de sus vecinos.

Entre tanto, la tormenta seguía en toda su furia; el agua corría a torrentes; el relámpago y el trueno continuaban sin cesar; el ruido de la nube era aterrador; el incendio tomaba serias proporciones, no obstante la abundante lluvia. ¡Qué momentos! ¡qué aflicción! ¡qué horror! ¡qué escena tan imponente! Sin embargo, ¡qué valor en las gentes!

Seis u ocho hombres, entre ellos el señor alcalde primero, don Isidoro Sanz y Valles, acometieron el peligroso arrojito de subir la escalera de la torre hasta cerca de las campanas, y vieron que el interior de la cúpula era una sola brasa, que ardía reduciendo a carbón el elevado chapitel. Con unas cuantas campanadas llamaron al pueblo, que desafiando a la intemperie, atollando por charcos y arroyos y atravesando por la luz del relámpago, todos acudieron al llamamiento; y todo el clero y todo el pueblo, el puesto de la Guardia Civil, los albañiles con sus cuadrillas, los carpinteros con sus oficiales, todos los artistas rivalizaron en valor y abnegación para salvar al templo de un incendio general.

Las dos bombas que el Ayuntamiento tiene para casos análogos funcionaban sin éxito, por su poca fuerza para llevar el agua hasta la altura del chapitel; y en tal caso, don Miguel Guijarro, del comercio de libros de Madrid, calle de Preciados, que en ese día aciago se encontraba en su casa de este pueblo, tuvo la feliz y salvadora ocurrencia de hacer subir una de las bombas al coro de la iglesia, introduciéndola por la ventana de encima del órgano que da a uno de los tejados; y con tan oportuno pensamiento, se localizó el fuego, e indudablemente fue el que evitó la propagación a la iglesia.

Más de trescientas personas conducían el agua desde las fuentes y pozos, carros con cubas, caballerías con cargas: la iglesia era un lago de agua. Otro tanto número de personas se ocupaban en desalojar el templo de todo lo amovible, incluso las imágenes, y el Sacramento fue trasladado y colocado decentemente en la casa de un sacerdote, en un oratorio particular. El señor cura rector y el presbítero don José Clavo acudieron al archivo y ropas, y por todos estos medios se logró localizar el fuego, ya que no era posible extinguirlo.

La torre, a las seis, era una inmensa hoguera, de la que se iban desprendiendo los gruesos maderos, que hechos ascua y ardiendo caían, unos al tejado, que eran apagados por la bomba; otros a la calle con exposición de desgracias personales, que felizmente no hubo. A las seis y media, la cruz, la veleta y la bola cayeron al lado del poniente, que con gran violencia y peso de más de veinte arrobas dio en la barbacana, hundiendo parte de ella.

El reloj dio la última hora de las seis con solas cinco campanadas, de un modo tan lánguido, que parecía un ser inteligente que daba los postreros ayes de una penosa agonía. Sus dos campanas cayeron medio fundidas por el interior de la torre, y gran número de maderos, que hundieron la escalera y el piso de la subida de caracol.

Las campanas se desprendieron de sus yugos, reducidos a carbón, y cual si guiadas por la mano del hombre se las tratara de librar de su descenso a la calle, quedaron perfectamente sentadas y seguras en el piso de sus hornacinas, sin desperfecto alguno, en cuya posición, el hombre pensador y filósofo cristiano vio con su razón la mano de Dios en aquella providencia con que quedaron sentados los cuatro vasos, reservados para volver a servir al culto de este templo parroquial.

Que quedara uno de ellos, pudiera atribuirse a la casualidad o buena suerte; pero quedar los cuatro en la misma posición y seguridad, ¡sólo la Providencia de Dios!

El fuego quedó terminado a las doce del mediodía, cuando ya nada tenía que consumir; la torre quedó completamente desmochada; la escalera reducida a escombros: nada más quedó que el soberbio muro que orgulloso se levanta a la altura de treinta y nueve varas hasta su cornisa.

¿Quién entraba después en el templo sin contristarse el corazón y llenarse el alma de amargura?

Los bancos, los confesionarios y las arcas estaban en la calle; las efigies y ropas en casas particulares; el archivo bajo la custodia de la Guardia Civil; los altares

desnudos; los sagrarios abiertos; charcos de agua por todas partes...
¡Día triste, que esta generación conservará en su memoria!

II

Venimos hablando del 6 de Septiembre de 1877.

El 9 era la festividad del Dulce Nombre de María, la función principal de este pueblo.

Treinta y seis horas faltaban para dar comienzo a esta solemnidad: todo estaba dispuesto y los compromisos adquiridos. ¿Era posible celebrarla según el estado del templo? ¡Qué importa! La clase jornalera, hombres y mujeres, tomaron de su cuenta la limpieza, y a las cinco de aquella misma tarde todo quedó con esmero limpio y aseado, las efigies en sus altares, los bancos, confesionarios, todo en su lugar, sin que nada faltase, y en tal forma todo, que nadie podía presumir siquiera el desorden ocurrido. ¡Ah! ¡Cuánto hace un pueblo cuando quiere! ¡Cuánto la fe y la voluntad cuando están impulsadas por el deseo y amor a una cosa!

La festividad del Dulce Nombre se celebró en su propio día con la solemnidad de costumbre.

Todo terminó sin desgracias personales, no obstante los grandes peligros.
Gracias a Dios.

III

Pasada la función, el vecindario volvió a sus habituales tareas, especialmente a la preparación de la vendimia, que se ejecutó, terminando a mediados de Octubre.

Preciso era después pensar seriamente en las obras de reparación de la iglesia.

Dificultades grandes, al parecer insuperables, se presentaron desde el principio para una obra de la magnitud que el templo necesitaba, pues no sólo era la reconstrucción del chapitel y la obra de los tejados molidos a consecuencia del fuego, sino que la media naranja, denunciada había más de veinte años, era tan malo su estado, que se temía un hundimiento.

Ya por los años 1856 al 60 se formó expediente de reparación, que por causas que no son del caso para esta Memoria, se dejó en tal estado en su tramitación: sólo sí diremos que por aquel tiempo se presupuestó la obra en treinta y cinco mil reales.

Si tal era la idea que había que formar respecto a la media naranja, unido ahora a lo que la torre y tejados necesitaban, acobardaba sólo el pensamiento de emprender una obra cuyo coste no había de bajar de ocho mil duros.

Así que la creencia general era que por largos años estaríamos sin chapitel en la torre, y expuestos a quedar sin iglesia.

La urgencia no podía ser mayor, y para emprender las gestiones se necesitaba un valor fuerte, una fe ciega en la Providencia Divina, una decisión tenaz, un celo inquebrantable, y una voluntad, si cabe, superior al corazón humano, para no retroceder ni amilanarse ante las contradicciones que la marcha de este asunto había de presentar, ya por las oficinas por donde el expediente había de pasar, ya por las diferentes clases de personas con quienes era necesario tratar; porque la verdad es, y la experiencia lo acredita, que esta clase de negocios se eternizan en los estantes, y en ellos suelen morir por inanición y sin el éxito solicitado. Tal, acaso, sucediese con el expediente incoado para la media naranja.

Pero para todo hay en el mundo corazones fuertes, llenos de acción, tenaces y decididos en sus empresas, y para los que no se hizo el miedo. Providos de estas dotes, y adornados de las virtudes anteriormente dichas, estaban nuestro señor cura rector, don Santiago Ruiz Bustillo, y nuestro alcalde primero, don Isidoro Sanz y Valles, unidos al mayordomo de fábrica, el presbítero don José Clavo y Hernández, quienes, aplicándose el dicho de San Pablo:

“*Omnia possum in eo qui me confortat*”, cerraron los ojos, como dice el adagio vulgar, y dijeron: “Adelante, y manos a la obra”.

Como preliminar de estos trabajos, convocaron a reunión de vecinos en la Sala Consistorial, en la que hubo un lleno completo, y hecho saber el objeto, se acordó una cuestación voluntaria para formar un fondo como base para la instrucción del expediente.

La cuestación se hizo, contribuyendo cada uno según sus circunstancias, y sobre la suma recaudada se hizo la petición al Excelentísimo Consejo de la Gobernación de Toledo; y siguiendo después toda la tramitación consiguiente, como un privilegio especial fue despachado y terminado favorablemente en menos de un año.

Mucho fue necesario trabajar, mucho que remover, muchas influencias que poner en juego para obtener un éxito tan pronto y tan favorable. Merced a la exquisita actividad de los dichos señores cura rector y alcalde primero, al acreditado arquitecto don Tomás Aranguren, vecino de Madrid, y a don Casto González Yangües,

teniente vicario en Toledo, ambos hijos de este pueblo, cada uno en su línea, según su posición e influencia, activaron la marcha del negocio de una manera rápida, a que contribuyó mucho el informe que como resultado de reconocimiento emitió el arquitecto don Enrique Vicente; por todo lo que se proporcionó la suma de treinta y siete mil cuatrocientos sesenta reales, que había de abonar el Estado, quedando lo demás a cargo de los fondos con que la fábrica contaba y nuevos arbitrios que pudieran proporcionarse.

IV

Terminado el expediente, se subastó la obra en Toledo, y quedó a cargo del empresario don Celestino Domínguez en cantidad de cuarenta y un mil doscientos noventa y seis reales, e incluida la dirección facultativa, resultó un total de cuarenta y cinco mil cuatrocientos ochenta reales.

Nada más faltaba que emprender los trabajos.

Era el 4 de Febrero de 1879.

Cuatro hombres, a quienes por su traje no se les podía conceder ni juzgar como artistas, sino como labriegos, se presentaron en la casa del señor cura rector diciendo ser los que iban a hacer la obra de la iglesia. Sin más equipaje que un pequeño hatillo debajo del brazo, no inspiraban a primera vista la confianza sobre su capacidad e inteligencia para llevar a fin una obra de la importancia de que se habían encargado. Cierta tácita desconfianza ocupó a cuantos los vieron; pero no había más remedio que cumplir los compromisos por una y otra parte.

La obra empezó al siguiente día de su presentación.

El 5 de Febrero de 1879.

Muy pocos días se dejaron pasar para que estos hombres a quienes con justicia y con gusto vamos a consignar en esta Memoria escribiendo sus nombres con los elogios merecidos, despertaron la confianza para considerarlos como artistas inteligentes.

¡Cuántas veces los hombres nos vemos obligados a arrepentirnos de juicios formados por las apariencias! Estas no siempre dicen la verdad. El parecer exterior suele muchas veces ser el diverso de la realidad, y en estos hombres así sucedió.

Don Celestino Domínguez, empresario de la obra; José Lorenzo Portela, Eugenio Portela y Eugenio Martínez, todos naturales de La Guardia, partido de Tuy, pro-

vincia de Pontevedra, han sido los cuatro hombres de conocimientos especiales que emprendieron y llevaron a cabo la obra.

Su conducta, ejemplar y digna de todo elogio; modosos, atentos, callados, comedidos y morales en sus palabras; trabajadores, desinteresados, sufridos en el constante temporal de aguas que todo el invierno hizo, nunca, ni un solo día se les vio alterarse por nada; en todas sus formas, en todas sus maneras, se supieron captar la buena voluntad y aprecio de todo el vecindario.

Tales han sido los cuatro hombres que por sí solos han levantado el chapitel de la torre, y compuesto la media naranja con inteligencia y conciencia, como hombres probos y honrados.

Ellos reunían todos los conocimientos necesarios para obras de esta naturaleza: eran carpinteros, herreros, plomeros y empizarradores; albañiles, picapedreros y cuanto era necesario para las obras, y no obstante estar bajo la dirección del entendido arquitecto diocesano D. Enrique Repulles y Vargas, que venía a examinar la obra una o dos veces al mes desde Madrid, se volvía confiado en la probidad de sus artistas.

No es posible seguir paso a paso los diferentes actos de inteligencia, de serenidad y valor que ejecutaron durante los trabajos; pero consignaremos algunos, dignos de especial mención.

El invierno fue incesantemente lluvioso; el agua caía a torrentes en algunos días y semanas enteras, y esto paralizaba mucho las obras. Estos hombres, que ayer manejaban la sierra y la azuela en la altura del chapitel, hoy la lluvia no les permite ese trabajo, y manejan la llana, la cal y el yeso en el blanqueo de la sacristía y el embaldosado de la iglesia, y volvían a la media naranja o la torre, según la necesidad urgía, porque todo lo llevaban a la vez, no interrumpiéndose nunca los trabajos más que en el descanso del día festivo.

En la subida de los gruesos maderos, el José Lorenzo Portela, a quien nos atreveremos a llamar temerario, efecto de su excesiva confianza, puesto de pie en la encía de la elevada cornisa, o montado en la punta del palo saliente del que colgaba la garrucha para subir los maderos, sin más amparo que los cuatro vientos, allí los esperaba, y a mano daba dirección para entrarlos en la torre. Muchas gentes contemplaban atónitas, abortas, asustadas, aquella operación en que Portela estaba en tan gran peligro, y muchas se retiraban porque su espíritu padecía.

La armadura del chapitel, con todo su entablado, quedó corriente a mediados de Mayo.

La andamiada fue tan ingeniosa como sencilla; para una obra de tal elevación, no ofrecía seguridades a otra clase de operarios mas que a los muy acostumbrados a andar por tales sitios.

Era el 15 de Mayo, día de San Isidro Labrador: el vecindario estaba preocupado con el deseo de ver la colocación de la cruz.

En hora temprana se corrió la voz por el pueblo de que el adorable signo de la Redención iba a ser colocado en aquella mañana, y todas las gentes, cual si fueran a ver una cosa extraordinaria, estaban al cuidado y mirando a aquel punto donde hacía veinte meses miraban una lucecita que la hizo caer hasta la calle.

¡Insensato de mí! ¡No sé lo he dicho! ¡Cual si fuera cosa extraordinaria! ¿Pues no lo había de ser? Las circunstancias y forma en que se iba a verificar por solos tres hombres, ¿no era caso extraordinario?

Si el andamiaje subiera un metro más sobre la altura de la cruz; si estuviera provisto de todas las precauciones y seguridades que evitasen una desgracia, entonces no sería una cosa extraordinaria, porque con frecuencia se ve trabajar en grandes elevaciones, pero provistas de todas las seguridades que el caso y la prudencia aconsejan; pero en la forma en que se colocó la cruz en la torre a las diez de la mañana el 15 de Mayo de 1879, fue un acto de valor y serenidad como no se acostumbra a ver.

El andamio, fijado en ocho delgados tirantes, dos a cada lado de la torre, que se sujetaban unos con otros por medio de endebles traviesas, y terminaba a la punta en estrecho, como la figura del chapitel, con tres palos, en los que se formó un triángulo con tres tablas a la altura de la bola, y sobre ese triángulo se habían de colocar los operarios a cuerpo libre, sin respaldar alguno, ni amparo de ninguna clases, caso era para presenciarse.

Pues sobre ese triángulo, puesto de pie el José Portela y los dos Eugenios, alzaron sobre sus cabezas a pulso la cruz, que pesa ciento quince libras, y la metieron por sus anillas en el árbol o barrón de hierro que la sostiene.

Un ligero desnivel de uno de los operarios fuera bastante a que los tres vinieran a la calle desde la altura de ciento cincuenta y seis pies a que se encontraban desde el piso del cerco de la iglesia. Esta es la altura de la torre: ciento cincuenta y seis pies, con más de siete pies la cruz.

Colocada ya, el José Lorenzo Portela se quitó el sombrero, se arrodilló en aquellas endebles tablas, e inclinando su cabeza a la cruz, se volvió al pueblo, puesto

de pie, y gritó: “¡Ya está!” Las campanas se repicaron, mil vítores resonaron por todas partes, y aquel dolor con que todos la vieron desprenderse y descender en el 6 de Septiembre de 1877, se trocó en gozo al verla repuesta en este día en su mismo sitio por la mano de tres hombres colocados en peligro inminente; pero, gracias sean dadas a Dios, nada lamentable ocurrió.

El señor cura rector les gratificó este acto con cien reales, y otros cien el Ayuntamiento.

Estos cuatro hombres recompusieron la media naranja, levantaron de nuevo el chapitel de la torre, enyugaron las campanas y colocaron los balcones en las hornacinas; colocaron la campana del reloj, que pesa veintiuna y media arrobas, y fue subida el 26 de Junio, y fundida en Madrid; blanquearon la sacristía y la embaldosaron, lucieron las dos barbacanas y fachadas de la plaza y calle de San Juan, y todo fue concluido el 6 de Septiembre de 1879, segundo aniversario de la terrible causa que motivó esta obra.

Su coste, con lo que el Ayuntamiento gastara en la escalera, compra del reloj, pararrayos, campana, colocación, etc., y varias adiciones al presupuesto, que en su mayor parte se han abonado de los fondos de fábrica, ascendió a cinco mil duros; cantidad pequeña, en comparación con el presupuesto hecho para sólo la media naranja hacía veinte años, que unido a la nueva necesidad de obra que se presento, se calculaba de ocho a diez mil duros.

V

Cuando el hombre se materializa, todo lo ve según la materia, y en los sucesos adversos mira la desgracia con todos sus horrores; el corazón se le oprime y constriñe, el ánimo se le desespera, y en vano corren los días para entrar en la resignación cristiana y ver la mano de Dios.

El filósofo cristiano, para quien la idea de Dios es su primer pensamiento, no ve en las adversidades y reveses de la vida los horrores con que el materialismo los presenta.

A veces una desgracia que nos humedece los ojos y llena de amargura el corazón en los primeros momentos, suele ser el germen de un gran bien.

¿Habría sido una desgracia el fuego de nuestra torre?

En los primeros momentos, sí: fueron afflictivos, y con razón en todos los rostros

estaba pintada la tristeza; pero que de esta desgracia ha resultado un bien, es una verdad confesada por todos.

Dicho queda el estado ruinoso de la media naranja, con otras muchas necesidades que la fábrica de este templo reclamaba, y que con seguridad no se hicieran por falta de recursos hasta que se hubiera verificado su hundimiento, con la exposición de infinitas desgracias, y aún entonces, la recomposición fuera defectuosa y nada conforme con lo que había; pero ocurrió una causa con todos los caracteres de la desgracia, y de sus resultas la iglesia parroquial de esta villa ha salido gananciosa, haciéndose mejoras y una obra en mayor escala que lo que se podía esperar.

¡Una desgracia, de la que resultó un bien!
Gloria a Dios, y gloria sea para siempre.

VI

La gratitud a los beneficios recibidos es un deber que el hombre está obligado a cumplir; y de faltar, es considerado como una rebeldía del corazón, digno de la más severa censura.

La sociedad, en el mutuo trato de los hombres, así lo exige; y si entre los hombres es una ley social, respecto a Dios, ¿cuán obligatoria no debe ser?

De su poderosa mano recibimos diariamente inmensos beneficios, y en el curso de la vida algunos tan extraordinarios y ostensibles, que reclaman un público tributo de gracias de parte de los hombres.

La causa que ha motivado la redacción de esta Memoria, que dejamos legada a la posteridad, es uno de aquellos sucesos que marcan el deber del agradecimiento.

Si bien es cierto que una noche nos amenazó con un castigo de su justicia divina, también lo es que de aquel siniestro, ocasionado por el fuego del cielo, han resultado inmensos bienes a nuestro templo parroquial, cuyas necesidades tarde o nunca se hubieran remediado, hasta haber sucedido el hundimiento de que estábamos amenazados.

En cumplimiento de este deber de gratitud, el señor cura rector y clero de la parroquia, las hermandades, y el Ayuntamiento en representación del vecindario, acor-

daron dar gracias a Dios por sus beneficios y feliz terminación de la obra sin ocurrir desgracia de ninguna especie, y al efecto señalaron el domingo 23 de Noviembre de 1879.

para celebrar una función, que tuvo efecto en el dicho día en la forma siguiente:

A las nueve y media de la mañana se expuso a su Divina Majestad en el altar mayor, decorado con profusión de luces, arañas y candelabros; enseguida la misa, oficiada por la música de aficionados de este pueblo.

El señor cura rector ocupó la Cátedra Sagrada, y en un sentido y razonado discurso expuso en su exordio las causas de la festividad y tramitación de la obra, con las diferentes dificultades que ofrecía, llevándose a su término mediante el favor de Dios, que hizo vencibles todos los obstáculos. La justicia y la misericordia de Dios sobre sus criaturas, fue la doctrina que desarrolló en el cuerpo de su discurso, con variedad de textos de las sagradas escrituras y sentencias de los santos padres, que con su emoción y unción evangélicas, se ganó la más religiosa atención y fervoroso entusiasmo del numeroso auditorio que le escuchaba.

Por la tarde, a las dos y media, se rezó la estación, rosario, y se cantó el Te-Deum, y terminó con procesión y reserva, con la asistencia del Ayuntamiento, las hermandades y escuelas de niños y cuerpo de la Guardia Civil.

De este modo el pueblo de Arganda rindió tributo de adoración y gracias al omnipotente, y dio nuevas pruebas de su amor al culto y creencias católicas.

¡No permita el Señor que vengan nuevos motivos de consignar otras páginas de aflicción a este vecindario!